

El salvavidas.

Imagínese que está en medio del mar y de pronto, su barco se hunde, todas las personas se lanzan al mar, pero después de algunas horas, solo usted flota en el inmenso océano. Han pasado tres horas y usted está cansado y con frío. Se mantiene concentrado tratando de flotar, y lo hace usando el mínimo esfuerzo, pues entiende que la energía de su cuerpo se va acabar. Los minutos siguen pasando.

Sabe que su cuerpo no ha sido hecho para sobrevivir por mucho tiempo en medio del mar. Usted está solo y todo lo que le rodea es agua. Ante una situación como esta consiente que debe de hacer. Persistir y esperar que lo salven.

Usted continúa flotando, pasan las horas, de pronto ha comenzado a sentir el cansancio y la concentración se empieza a perder, con todo el sol se ha escondido y la noche ha entrado. Con la noche también entra la angustia de saber que animales pueden acabar con usted.

Insiste en flotar, cansado, agotado ve salir el sol, ¿qué le mantiene vivo? La esperanza. Una de las realidades de nuestros cuerpos es que no fueron diseñados para flotar por siempre, por mucho que nos esforcemos en mantenernos con vida llegará un momento en que las fuerzas se acabaran. No importa si la persona fue entrenada para ser un salvavidas. En otras condiciones hubiera rescatado a otros, pero bajo estas condiciones, no hay posibilidades. De igual manera por si solo nosotros, con nuestras bondades o acciones justas, no podemos lograr salvarnos, por eso Jesús vino, para darnos vida y paz junto a Dios.